

John Gray, *Perros de paja,*

Editorial Paidós, Barcelona, 2003,

por Elsa GONZÁLEZ AIMÉ.

Frecuentemente, cuando alguien comenta que los seres humanos somos ante todo animales, otra persona añade un "si pero": "si, pero superiores". Lo que no sucede con tanta frecuencia es que se oiga el comentario sobre nuestra animalidad; y es que a pesar de que descendamos de especies animales, está bastante asentada la creencia en que nosotros no lo somos. En cierto modo parece que sea un tabú, una forma de negar un hecho, de rechazar nuestro origen y nuestra esencia. Ese "sí, pero" se puede interpretar como reflejo del complejo de superioridad que puede desarrollar el *homo sapiens*. Contra este fundamentalismo, presente en la lógica de las sociedades occidentales, va dirigido el libro de John Gray *Perros de Paja. Reflexiones sobre los humanos y otros animales*. Perros de paja que se usaban en la China Antigua como ofrenda a los dioses, y que dejaban de ser el centro de atención una vez terminada la ceremonia votiva.

El propósito de Gray es el de resaltar el carácter efímero del ser humano con el fin de desmontar mitos del pensamiento, presentes en muchas sociedades, especialmente en las occidentales, como la posibilidad de dominar el mundo. Este tradicional anhelo lleva al *homo sapiens* a desdeñar su papel accesorio dentro del universo, e incluso le convierte en un *homo rapiens*. Definido como "primate excepcionalmente voraz", logra hacer convivir sus logros y sus fracasos sin que las contradicciones inherentes a ello parezcan *a priori* obstaculizar su carrera hacia el progreso, entendido como dominio del mundo en que vivimos. Nuestro comportamiento frente a otros animales puede ser interpretado como reflejo de la egolatría en la que los seres humanos podemos llegar a caer y se plasma por ejemplo en cómo actuamos ante otros seres vivos; los amamos y admiramos como parte de la naturaleza, abstracción con la que nos referimos a todo aquello que ni nuestra mano ni nuestro espíritu ha llegado a alterar, pero también los cazamos, los tenemos de compañía, experimentamos con ellos, los extinguimos... Los tratamos como si estuviesen a nuestra disposición.

Con el pretexto del tipo de relación que nos une a otros animales, John Gray escribe preguntándose de dónde proviene la creencia en poder controlar la evolución de forma consciente, y se cuestiona sobre el significado de esa idea de progreso y sus consecuencias. Resalta para ello que las actitudes y actuaciones de los seres humanos tienen sus pros y sus contras; las necesidades discordantes son dos caras de una misma moneda. Este conflicto marca las decisiones cotidianas a las que nos enfrentamos, y es a todas luces, uno de los aspectos más llamativos de la naturaleza humana.

Perros de paja rastrea la forma en que lidiamos con ella, y como tratamos de superar las contradicciones que nos rodean. Gray señala algunas de las formas acrobáticas con las que las sociedades occidentales intentan esquivar los conflictos de valores a los que se enfrentan. Saltando de lo práctico a lo teórico, señala en breves textos diferentes pilares sobre los que reposa el anhelo y la fe en el dominio de la Tierra, como culmen al dominio de nuestros instintos animales, pero que a pesar de todo no están exentos en sí mismos de contradicciones. Gray esboza primero aspectos característicos del ser humano, sus creencias, sus actitudes, sus cosmovisiones, para poder luego recalcar que tendemos a situarnos en el centro de todo, probablemente para “dar un sentido a nuestras vidas”; pero a fin de cuentas, que nuestro razonamiento proceda de esta forma es posible porque nuestra moralidad se construye en torno a la creencia en que podemos dominar, conscientemente, nuestra existencia. Estamos dotados de razón, tenemos conocimientos, somos dueños de nuestros actos, podemos elegir la “vida buena”... Sin embargo en Occidente la “vida buena” responde a un modelo único y depende sólo de nuestra voluntad. El libro analiza el pensamiento humanista de raíz cristiana para poder proponer y defender nuevas formas de concebir el progreso y la “vida buena”.

El ideal de progreso propio de las sociedades occidentales bien podría considerarse como una ‘huída hacia delante’ ante el conflicto resultante del encuentro entre valores inconmensurables; todo depende de la forma en que deseemos manejar los datos que disponemos sobre nuestra historia: [...] “No podemos creer lo que nos parezca: nuestras creencias son vestigios de unas vidas (las nuestras) que no hemos podido elegir” (p.26). Este convencimiento marca el pensamiento del autor, y le enfrenta al humanismo occidental que parte de la creencia en la posibilidad de superar cualquiera de nuestras limitaciones animales mediante el conocimiento científico, y que sustenta el ideal liberal ortodoxo de racionalidad. Gray, sin repetir los ensayos que ya escribió sobre el liberalismo, sigue confrontándose a la pregunta sobre si se puede llegar a un consenso racional universal, y si la carrera que Occidente parece haber emprendido para lograrlo

realmente nos está conduciendo hasta ese estadio ideal exento de conflicto. ¿Acaso somos realmente concedores de nuestras debilidades y conscientes de nuestras capacidades?

En Occidente, la fe en el progreso de la humanidad tiene una clara raíz cristiana y es un refugio ante la incertidumbre que nos causa desconocer nuestro devenir futuro. La religión proporcionó una cosmovisión desde la que explicar todo aquello que nos resulta incomprensible, y ofreció la salvación a través del conocimiento de 'la verdad'; vivir en libertad no era entonces más que aceptar los dictámenes de dicha verdad, y actuar en consecuencia. Cuando el control que ejercía la Iglesia sobre su entorno se resquebrajó, la ciencia tomó el relevo para defender la fe en el progreso sin abandonar los valores morales inculcados: podemos trascender nuestras inclinaciones animales porque existe una diferencia radical entre los seres humanos y el resto de la naturaleza; la ciencia será garante de nuestra evolución consciente.

La creencia en que el humano está en el centro de todo sustenta entonces el mito occidental sobre el progreso. La crítica de Gray se dirige contra este hecho: no trata de negar que el hombre está en el centro del mundo que ha conformado sino que quiere resaltar que es preciso que ese mundo deje de ser el centro de todo lo que el ser humano hace. Nuestra fe en el progreso podría interpretarse como una forma de negar nuestras debilidades y de sobredimensionar nuestras capacidades a pesar de que no nos garanticen el poder dominar el mundo. Creemos que son las primeras las que limitan a las segundas, que son nuestras debilidades animales las que constriñen nuestra libertad, y las interpretamos como reflejo de nuestra imperfección. Sin embargo, probablemente lo que mejor refleja nuestra tosquedad es nuestro ideal de perfección. Nos sabemos frágiles, por lo que hemos decidido tener fe en los conocimientos puros, científicos, como forma de aproximarnos a 'la verdad' y con ella a la libertad.

Hemos usado la ciencia para hallar lo que queríamos encontrar: cierto orden en el mundo, pero hemos desdeñado la información que no satisfacía nuestras expectativas, como la faceta caótica de la naturaleza; antes de admitir un hecho que no conviene a nuestro propósito hemos optado por negarlo. El caos que caracteriza la naturaleza no invalida la existencia de cierto orden, pero en nuestra concepción maniquea de la vida no logramos conciliar estos dos hechos que consideramos antagónicos. Aceptar que nuestras capacidades son limitadas podría ayudarnos a superar la incomprensión de lo que nos parecen fenómenos contradictorios en el mundo natural; a partir de ahí nos veríamos abocados a enfocar nuestra evolución de forma distinta. El autor es claro en

este sentido: su crítica no pretende que se deje de buscar la verdad sino que aspira a que se entienda que esta búsqueda se hace de forma plural para lograr que sea menos destructiva. Para poder ampliar miras sobre la percepción de nuestro entorno, sería necesario superar el pensamiento antropocentrado. No se trata de desestimar la lucha por considerarla vana, al fin y al cabo es posible que sea esa nuestra esencia animal; se trata de sacudir nuestro pensamiento de la tendencia a buscar el modelo único, de formar nuestra mente para que se pierda lo menos posible en el caos que nos rodea y en la distancia existente entre lo que creemos que es y lo que consideramos que debe ser.

A la teoría sobre el progreso Gray contraponen a modo de ejemplo la teoría Gaia según la cual la tierra sería un sistema autorregulado; si la destrucción del entorno natural en el que vivimos llega a ciertos extremos, cabría la posibilidad de que al resultar nocivos pasemos a ser prescindibles. Pocos están dispuestos a admitir esta teoría, y la tildan de acientífica. Sin embargo el mito de la autorregulación no es menos mito que el de la dominación, según el cual si podemos trascender nuestras debilidades animales podremos dominar la tierra ¿En qué se fundamenta semejante pensamiento? La pregunta no pierde sentido por mucho avance científico que logremos, especialmente cuando el último maremoto va a superar las 150.000 víctimas.

El mito de la dominación parece reposar en el miedo a que los humanos no seamos más que meros perros de paja, que nuestra existencia sea finita y sin sentido particular. El afán de control sobre nuestro entorno refleja una amargura originada en el carácter vano de nuestros esfuerzos, y una actitud soberbia que se resiste a aceptar el paso del tiempo y que vive el entorno natural como una condena. El mito de la autorregulación muestra una postura más humilde ante lo que no comprendemos. La esperanza en el equilibrio de la naturaleza parte de la constatación de los límites con los que se topa la voluntad humana y transmite mayor serenidad ante el paso del tiempo y la hostilidad de la naturaleza. El primer mito propicia una actitud agresiva frente a lo que queremos corregir, mientras que el segundo aconseja prudencia.

Hace siglos que el sol ha dejado de ser el que giraba alrededor de la tierra, pero parece según nuestro comportamiento que el universo gira alrededor de nosotros.

La fe en la humanidad sustenta el mito de la dominación; si el ser humano no logra dominar conscientemente su existencia lo logrará su conjunto ¿Por qué creemos esto? Es difícil, ateniéndonos a nuestras vivencias cotidianas creer que todo depende de nosotros, que podemos prever lo que sucederá y que estamos más cerca ahora que hace

dos mil años de la 'vida buena', de la libertad y de la felicidad que se supone podemos alcanzar... ¿De dónde viene la idea de la emancipación universal? Romper con los supuestos subyacentes a estas cuestiones no es tarea fácil; John Gray señala numerosas figuras del pensamiento, que si bien intentaron criticar el humanismo, no lograron romper con algunos de sus elementos esenciales. Desde Schopenhauer hasta los postmodernistas, pasando por Nietzsche o Heidegger queda claro que se puede poner en duda la idea de emancipación universal pero que la dificultad mayor a la que nos enfrentamos es la de superar el antropocentrismo de raíz cristiana. Está fuertemente anclada la creencia en que los humanos son distintos del resto de los animales en la medida en que podrían superar sus inclinaciones naturales; nos excluimos así de la naturaleza para pasar a ser miembros de la humanidad y controlar conscientemente nuestra existencia

Según Gray, la dificultad que tenemos para recordar que somos productos de la casualidad y de la necesidad radica en un imperativo moral: el ser dueños de nuestros actos, única garantía de poder acercarnos al ideal de la "vida buena". Aunque esta sea principalmente una ilusión, un sueño, no alcanzarla es interpretado como un fracaso y genera frustración. Que seamos capaces de percibir un yo individual consciente de sus actos no nos garantiza que todas nuestras percepciones y conocimientos se puedan controlar de forma consciente.

En Occidente la identidad se sitúa en la conciencia ética, pero la identidad es algo que se forma en la confrontación a los problemas y a las situaciones cotidianas, en la búsqueda de su solución, proceso en el que los conflictos de valores son recurrentes, y en el que el inconsciente participa al influir en la percepción de nuestro entorno y en su conocimiento... Sin embargo, aferrados a nuestra capacidad de decisión, creemos que no sólo nos distingue del resto de los animales sino que nos garantiza el poder modernizarnos y ahondar la distancia que nos separa del resto de los animales. Acabamos así en una carrera por el siempre más en la que no soportamos ver transcurrir el tiempo sin perfeccionar nuestras cualidades y acabar con nuestras debilidades. Lograr dominar el tiempo sería, creemos, la forma de domar el caos característico de la naturaleza.

Si tal y como se dice en Occidente, la conciencia nos permite ser dueños de nuestros actos, y de esta forma ir conformando nuestra identidad y dominar nuestro entorno, cómo puede ser que la conciencia no siempre nos permita elegir entre valores contradictorios y que no podamos anticiparnos a todas las consecuencias que pueden

tener nuestros actos... Esta tarea no se ve facilitada por dos abstracciones como son el conocimiento y la razón, axiomas de nuestra civilización, que paradójicamente privilegia la acción a la palabra. Lo cierto es que tenemos valores, pero no siempre parece que sepamos qué hacer con ellos, cómo ponerlos en práctica o cómo conjugarlos para lograr la "vida buena". Vivimos entonces desgarrados por el desasosiego que produce ver que el sueño de un modelo único no se logra satisfacer ni de cerca.

Frente a la rotundidad del *cogito ergo sum* cartesiano y de otros pensamientos humanistas que beben de la cristiandad a través del filtro de la Ilustración, Gray abre vetas desde las que ampliar los horizontes del pensamiento occidental. Su postura es reacia a la creencia en una moral universal categórica, algo que ya combatió en *Las dos caras del liberalismo* al contraponer el liberalismo guiado por el ideal del consenso racional universal al liberalismo guiado por el ideal del *modus vivendi*. El primero sostiene la posibilidad de encontrar el mejor modo de vida posible: las imperfecciones del ser humano quedarían superadas al lograr un mundo homogéneo en el que las instituciones liberales aplicarían principios universales rectores. Esta fe en la posibilidad de alcanzar *la Verdad* bebe directamente del ideal de la Ilustración de una civilización universal con la que quedaría definitivamente superada la imperfección del ser humano, visible en su carácter conflictivo. El segundo liberalismo no ve la sempiterna confrontación de modos de vida como síntoma de imperfección sino todo lo contrario; esta conflictividad sería el destino histórico mismo. La otra faceta del destino histórico sería la Ilustración, lograda por la interpenetración de modos de vida opuestos en la búsqueda de un compromiso de paz.

En *Perros de paja* John Gray se centra en la forma en que las creencias morales de raíz cristiana han impregnado nuestras sociedades y la forma en que desde Occidente se concibe el mundo. Señala numerosas formas en que esas creencias se manifiestan: en el pensamiento de intelectuales paradigmáticos del pensar occidental, en novelas de amplia difusión, en ideas hechas con una amplia aceptación social. Lo cierto es que el engreimiento antropocéntrico es notorio. Como Gray señala, incluso los que han querido ir contra ello han situado al hombre en el centro de todo. Como Gray demuestra, dejar de situar al hombre en el centro de todo no significa dejar de hablar del hombre o de su búsqueda por la verdad, significa aceptar que muchas cosas siguen escapando a nuestro entendimiento.

Al margen del pensamiento occidental de raíz cristiana existen creencias y actitudes con otra concepción del progreso. Gray recurre a ellas profusamente a lo largo

del libro, no sólo porque hablar de Occidente ya es una generalización bastante burda de por sí, sino porque conocerlas nos puede permitir corregir las trampas que encerramos en nuestra lógica, y con las que pretendemos reconciliar posturas a priori insalvables. Ante semejante empresa y dada la imperante preponderancia de la cosmovisión cristiana, la forma rotunda en que Gray presenta sus ideas puede resultar chocante, como abogado del diablo diríamos. Sus generalizaciones podrían considerarse formas fáciles de atajar el camino para lograr los propósitos del libro. Son sin embargo una forma de llevar al lector hacia la confrontación con otras generalizaciones bien arraigadas en las sociedades occidentales, y a las ambigüedades que encierran nuestros pensamientos. Al confrontar el lector a opiniones comúnmente desdeñadas, Gray propicia un diálogo desde el que renovar nuestros pensamientos sobre conceptos como la evolución y el progreso.